

Prólogo

Hacia el final del año que vio la muerte de Otori Takeo, después de su alejamiento de su esposa Kaede, un acuerdo de paz entre el clan Otori y Saga Hideki, el General del Emperador, fue sellado a través del compromiso de la hija y heredera de Takeo, Shigeko, con el señor Saga.

Las tragedias, los asesinatos y las traiciones de ese terrible momento en que las familias de los clanes y de la Tribu se enfrentaron entre sí, dejaron a muchos en los Tres Reinos afligidos y amargados, especialmente cuando Saga demostró que no tenía intención de cumplir su palabra.

Kaede y su hija menor, Miki, buscaron reconciliación y perdón, mientras que Miyoshi Kahei planeaba enfrentarse al señor Saga, y Sugita Hiroshi ansiaba venganza. No solo los vivos, sino también los muertos, incluidos Takeo y Sada, asesinados injustamente antes de tiempo, exigían una compensación.

Entre los desamparados estaba Arai Sunaomi, cuyo padre, Zenko, había elegido el camino del guerrero y había pagado su ambición con su vida. Sunaomi se salvó con la condición de que él y su hermano nunca abandonaran el templo de Terayama, donde los amigos más antiguos de Takeo, el

abad Makoto y Miyoshi Gemba, enseñaban el Camino de los Houou¹ y donde también vivía el hijo de Takeo, Hisao.

1 Un fénix. Un pájaro chino imaginario y auspicioso. Un símbolo de la dirección sur y uno de los animales guardianes de las cuatro direcciones. Las imágenes del fénix a menudo se colocaban en el lado sur de las puertas, de las torres, de los edificios imperiales y de los templos budistas.

I

Había sido el primogénito de un señor de la guerra, pero ahora era huérfano. Era el solsticio de invierno, estaba despierto en la habitación helada que compartía con los otros niños y los monjes mayores, y se dio cuenta de que habían pasado semanas desde que alguien lo llamara por su nombre por última vez. Le hacían señas con los dedos abiertos o se dirigían a él como «oye». Estaba claro que su vida anterior había terminado, pero no tenía ni idea de qué la reemplazaría.

Su vida había sido perdonada con la condición de que nunca abandonara el templo, pero realmente no podía creer que el resto de sus días los pasaría allí, en la estricta rutina de noches cortas y días largos, ayuno, meditación, estudio y abnegación.

Trató de no pensar en las cosas que tanto extrañaba; las cosas grandes eran demasiado abrumadoras para pensar en ellas, pero en noches como aquella, cuando no podía dormir, anhelaba el sabor salado y aceitoso del pescado a la parrilla, la dulzura de un caqui, la sensación en su piel de una nueva túnica de seda el primer día del año, el cálido olor de su poni y la forma en que este giraba la cabeza hacia él y relinchaba.

Estaba completamente oscuro. A su alrededor podía escuchar la respiración tranquila de sus compañeros, interrumpida por la tos de su hermano menor, anteriormente llamado

Chikara, y ahora tan anónimo como él. Quería llamarlo, arrastrarse hasta su estera y acostarse a su lado, pero tenían prohibido hablar entre ellos, obligados a mantenerse separados día y noche.

Todas las ventanas estaban cerradas, pero el aire frío penetraba en la habitación. No podía calentarse. Si exhalaba, podía ver su propio aliento flotando sobre él. Sintió que era la única persona despierta. De vez en cuando alguno de los chicos hablaba dormido. Se preguntó qué verían en sus sueños.

Justo antes de la medianoche el ambiente pareció volverse un poco más cálido. Un sonido parecido al de un aleteo vino del exterior, tranquilizándolo. Estaba a punto de conseguir dormirse cuando sonó la campana que llamaba a los monjes a la oración.

Medio dormido, siguió a los chicos por el pasillo hasta el patio. Uno de ellos lo empujó y susurró: «¡*Arai traidor!*!». No era la primera vez. Los chicos a menudo guardaban silencio cuando se acercaba, como si hubieran estado hablando de él, compartiendo rumores que él quería escuchar, aunque los temía. Se suponía que no debían hablar en absoluto. Aparte de los cánticos y la voz de su maestro que recitaba los textos, el silencio envolvía Terayama, un silencio que hacía que los sonidos de la naturaleza parecieran aún más intensos: el viento en los cedros centenarios, el graznido áspero de los cuervos, los búhos melancólicos, el súbito chillido de los ratones debajo de las tablas del suelo.

Nevaba en grandes copos que caían constantemente y que ya habían cubierto el suelo, los faroles y las ramas de los árboles. Los rayos de luz de una lámpara brillaban en la oscuridad, reflejándose en la cortina blanca. Alguien en las profundidades del templo tocaba una flauta. Un gong resonó en el salón principal. La belleza repentina del momento le hizo recuperar el aliento. Por momentos así había veces en los que sentía el impulso de una vida dedicada a la oración.

Una patada en el tobillo, seguida de otro insulto, hizo que la rabia ardiera en él y se diera la vuelta. Pero los ojos de su

maestro, Gemba, estaban fijamente sobre él, y bajo esa mirada firme, tanto él como su torturador se calmaron. Le caía bien Gemba y se sentía cercano a él porque sabía que su maestro tenía una profunda afinidad con los osos del bosque, y la zarpa del oso era el símbolo de su clan, o más bien lo había sido.

Chikara tosía de nuevo, luchando por recuperar el aliento. Parecía muy enfermo, pero la enfermedad rara vez excusaba a alguien de la rutina de levantarse a medianoche para cantar y rezar hasta el amanecer. La disciplina estaba destinada a fortalecer tanto el cuerpo como el espíritu.

—Tu pequeño cachorro de oso no va a ver el Año Nuevo —susurró Hisao junto a él, hablando entre dientes, una estrategia que había perfeccionado para no ser detectado. Hisao tenía apodos para todos. A su tía, quien los había llevado a él y a su hermano al templo, Hisao la llamaba «la Viuda», y a su hija, Miki, «Venganza». El niño deseaba volver a verlas, después de todo eran su familia, pero se habían quedado en la residencia de invitados, donde continuaban de luto por los muertos. Se preguntó si Hisao tendría un mote para él.

Hisao ignoró la mirada reprobatoria de Gemba, como hacía siempre. Era desobediente más allá de la corrección, a menudo actuando por despecho, desviando cualquier intento de encauzar su comportamiento, rechazando apelaciones a su mejor naturaleza. Gemba lo trataba con gentil paciencia, incluso le prestó cuchillos y cada vez que encontraba bloques de madera, cerezo, melocotón o ciprés, se los entregaba para que los tallara. Hisao tallaba en ellos animales del bosque, con talento y sin apenas esfuerzo. El chico lo admiraba por ello. También sentía una pena tremenda y dolorosa y no respondía a las burlas de Hisao, a diferencia de los otros, que tenían miedo de su lengua cruel y se sentían inquietos por su abierto desafío a los monjes mayores. Un sentimiento de calma había crecido entre ellos, no realmente de amistad, pero tampoco de enemistad.

Las palabras de Hisao lo preocuparon porque sintió que eran ciertas. En la primera comida del día pudo ver las mejillas enrojecidas y los ojos llorosos de Chikara. Tosía incesante-

mente y apenas comía. Posteriormente, al hermano mayor se le encomendó la tarea de barrer las ráfagas de nieve que yacían en las galerías, derritiéndose bajo el sol de la mañana. El cielo se había aclarado. En el bosque circundante, los árboles estaban cargados de la blanca flor del invierno. Los picos nevados se elevaban a lo lejos, rosados y dorados a la luz de la mañana. Uno de los monjes, un hombre alto y delgado, quitaba la nieve de los pequeños troncos que recogía y amontonaba en una canasta. Era difícil distinguir a los monjes; había muchos de ellos, y con sus cabezas rapadas y sus túnicas de colores sombríos, todos se parecían. Los otros chicos estaban ocupados con las tareas de la mañana o con el estudio, pero Hisao se sentó a la luz del sol. Estaba tallando; el niño miraba absorto su escoba olvidada, mientras el cachorro de oso emergía del pequeño trozo de madera.

—Es un milagro cómo haces eso. —Su susurro sonó como un grito. El reclamo de un faisán resonó, de forma aguda e insistente, en el bosque. Podía oír el ruido de los cuencos de madera, el suspiro de los cuchillos de acero y el martilleo sobre el arroz para machacarlo. Era la temporada de hacer tortas de arroz para las ofrendas de Año Nuevo. El Gran Frío iba dando paso lentamente a la Apertura de la Primavera. Había capullos en las flores de petasite² al pie de los escalones. Pudo imaginarse el sabor de los pasteles de arroz en su lengua, pero la idea de que Chikara podría no vivir para probarlos lo llenó de aprensión.

—Siempre he sido capaz de hacer cosas —respondió Hisao—. Me gustan las herramientas. Un buen cuchillo como este tiene vida propia, como todas las armas. Tienen su propósito, no importa qué mano las sostenga. Si entiendes que tienes poder sobre ellas y ellas tienen que someterse a tu voluntad,

2 Planta herbácea perenne de la familia de las asteráceas, nativa de Europa y del norte de Asia. Las flores de un color rosa pálido se producen a principios de primavera, antes de que aparezcan las hojas.

claro. El cuchillo sabe lo que quiere de la madera. Hablan entre ellos y este es el resultado —le tendió el cachorro a medio terminar—. Si lo termino y él no está muerto, se lo daré a tu hermano.

—Nunca terminas las cosas.

—Tienes razón, nunca lo hago. —Hisao sonrió para sí mismo. El chico lo estudió. Era casi un hombre, siete u ocho años mayor que él, con la piel suave de tonos oscuros y un espeso cabello negro como el ala de un cuervo. Tenía la boca bastante ancha y la frente baja, por encima de unos ojos astutos y cautelosos.

—¿Qué estás mirando? —La voz de Hisao era desafiante. El chico empezó a barrer de nuevo—. ¿Y bien?

—Solamente me preguntaba. Sobre ti, sobre quién eres realmente, por qué estás aquí cuando lo odias tanto, y si tienes que quedarte aquí, como yo.

—Se supone que no debemos hablar de nosotros mismos —comenzó Hisao, burlándose de Miyoshi Gamba.

—Tienes razón. Lo siento. —La escoba estaba mojada por la nieve derretida y dejaba marcas parecidas a las de unas garras.

—Pero te lo diré. —Hisao soltó una breve risa desdeñosa.—. Soy el hijo de Otori Takeo.

—¿Mi tío? ¿El que murió?

—Sí, murió. Mi madre también está muerta. Ella era de la Tribu. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí —dijo, los latidos de su corazón se aceleraban. Toda su vida había escuchado fragmentos de conversaciones, susurros sobre ese tema. Y como quería impresionar a Hisao, dijo—: Mi otro tío, antes de morir, estaba en la Tribu.

Hisao se rio de nuevo.

—Lo dices como si fuera una elección. No estás en la Tribu. Eres parte de ella, naciste en ella, nunca se te permite escapar. —Luego hizo una pausa y dijo con una voz diferente—: Había olvidado que Taku era tu tío.

—¿Lo conocías?

—Lo maté, idiota. ¿No lo sabías? —Hisao lo miró directamente, sus ojos brillaban con maldad—. Por orden de tu padre, por supuesto. Tu padre traicionó a mucha gente. Taku fue solo el primero.

Como el chico no dijo nada, Hisao continuó.

—Así son realmente los hermanos. —Miró la talla que descansaba en su palma, casi terminada, exquisita, e hizo un tosco tajo con el cuchillo, cortando la cabeza del osezo—. Chikara no lo entenderá después de todo. Qué vergüenza. —Arrojó los dos trozos al jardín, que cayeron a la nieve dejando pequeños agujeros oscuros.

El niño permaneció inmóvil, con la escoba todavía en las manos.

—Pero tu tío Taku es complicado. Él es la Tribu de principio a fin, incluso en la muerte. No me dejará en paz. —Los ojos de Hisao todavía brillaban, pero su voz había cambiado de nuevo y el chico escuchó en ella algo cercano al terror. El aire detrás de él pareció repentinamente anormalmente denso. Los arbustos nevados del jardín se volvieron brumosos y tenebrosos. Había un sol brillante y, sin embargo, estaba oscuro.

«*Hay alguien ahí*», pensó el chico. Pero tal vez fuera solo la sombra de un cuervo en la nieve. Oyó el repentino batir de alas y luego, detrás de él, la voz de Gemba.

—¿Qué hacéis aquí charlando? Adentro. En silencio.

Hisao no se movió. El chico, sonrojado como siempre le pasaba cuando lo reprendían, fue a colgar la escoba en su lugar debajo del alero del tejado. Estaba temblando, al borde de las lágrimas. Se quedó de pie durante unos momentos, tratando de controlarse. El monje del jardín pasó con la cesta de troncos y pareció que iba a hablar, pero entonces apareció Gemba diciendo:

—Nuestro abad desea verte.

—¿Porque estaba hablando con Hisao?

—Él mismo te explicará sus razones.

Siguió a Gemba por el largo pasillo, preocupándose por lo que quería el abad y esperando no perderse la comida del

mediodía. No había estado casi nunca en aquella parte del templo y no se había dado cuenta de cuántas habitaciones más pequeñas se encontraban detrás de los pasillos principales, separadas del pasillo por mamparas. También había muchos huecos y nichos que contenían estatuas y pergaminos. Ante ellos ardían lámparas de aceite que arrojaban un cálido resplandor sobre el oscuro suelo de madera pulida.

Al final del pasillo cruzaron el patio detrás de la puerta principal y la caseta de vigilancia y entraron en el claustro que bajaba hasta el vestíbulo donde se guardaban las pinturas de Sesshu³. Su ánimo aumentó un poco. Al menos podría vislumbrar los cuadros que había visto hacía tiempo y que nunca había olvidado.

El abad estaba sentado en el suelo de este salón, mirando hacia el jardín, donde las rocas que simbolizaban las montañas de los Tres Reinos estaban cubiertas de nieve, deslumbrando a la luz del sol. Una vez había sido un guerrero temido, pero había dejado a un lado sus armas para seguir el Camino de los Houou. Su nombre había sido Makoto, y aunque como abad ahora tenía otro nombre, así era como el niño siempre pensaba en él.

Makoto vestía una túnica de cáñamo de color apagado que no ocultaba del todo sus anchos hombros y fuertes brazos. Un pequeño gato atigrado yacía acurrucado en los pliegues.

—Te he traído a Arai Sunaomi —dijo Gemba e indicó que el niño debía arrodillarse.

3 Sesshū Tōyō (conocido también como Sesshū; provincia de Bitchū, Japón, 1420–1506), fue uno de los principales expositores del *suibokuga* (pintura con tinta), y un monje budista zen. Es considerado uno de los maestros de la pintura japonesa.

Nació dentro del clan Oda, en la provincia de Bitchū (actual prefectura de Okayama). Se convirtió en un monje zen en 1431, y estudió en el templo Hōfuku-ji, en la ciudad de Sōja. En 1440 se trasladó al templo Shōkoku-ji en Kioto, en donde continuó sus estudios zen y aprendió pintura con el monje Shūbun.

Después de unos momentos, Makoto le dijo que se sentara. Miró el rostro del niño y dijo:

—Arai Sunaomi. Esta debe ser la última vez que alguien te llame por ese nombre. —Se volvió hacia Gemba y dijo—: Se parece a su madre, y tiene más rasgos del clan Shirakawa que del Arai.

—Eso puede ser una protección en algunos aspectos, pero un peligro en otros —dijo Gemba enigmáticamente.

—Estoy de acuerdo. Puedes dejarnos ahora. Quiero hablar con él a solas. —Cuando Gemba se marchó, Makoto se dirigió al chico de nuevo—. Bueno, debes olvidar a tus padres y todo lo de tu vida anterior. Bórralo de tu memoria. El señor Saga Hideki, que ahora gobierna las Ocho Islas en nombre del Emperador, te ha perdonado la vida y la de tu hermano con la condición de que permanezcas confinado en Terayama. Puede parecer un destino severo, pero recuerdo que cuando el señor Otori te trajo aquí, expresaste tu deseo de regresar y estudiar con nosotros. Confiaste en nosotros para ello entonces. —Agarró una pluma dorada y se la tendió al chico. Era de un houou, el pájaro sagrado que había habitado en el bosque alrededor de Terayama. El niño recordaba claramente el día en que vio al houou, escuchó su llamada mágica y encontró la pluma. Él asintió. Apartó la mirada del abad y fijó la mirada en los cuadros, los paisajes brumosos, el caballo, los gorriones.

Makoto sonrió levemente, pero su voz estaba llena de dolor.

—Los tiempos han cambiado desde ese día y muchos de los que estaban con nosotros han pasado al otro mundo. Pero espero que el mismo deseo los sostenga y haga que lo que pueda parecer amargo sea más fácil de soportar. Gemba me dice que eres un niño inusual con un gran espíritu. Debemos creer que este camino, aunque no lo hayas elegido, resultará ser el correcto para tu vida. Incluso sin padres, un niño crece, se dice. Seremos como padres para vosotros a partir de ahora.

La insistente llamada del faisán resonó de nuevo en el jardín. Makoto dijo:

—Es una señal de que se acerca la primavera. Sé que es el faisán, pero cada vez que lo escucho mi corazón espera que sea el houou. Se han ido y quién sabe si volverán alguna vez.

—¿Debo olvidar que los vi? —dijo el niño, volviendo los ojos hacia el abad.

—Quizá eso sea lo único que debas recordar.

Una oleada de emoción se elevó dentro de él, tan fuerte que temió que fuera a sollozar. Tomó una bocanada de aire y dijo:

—Si debo olvidar mi nombre, ¿cómo me llamarán?

—Pensé que tal vez te gustaría Sozo, y a tu hermano Kasho.

—¿Podría ser yo Kasho?

—Puedes elegir el que prefieras. Son solo nombres.

«*Kasho*» se dijo a sí mismo, y en ese momento se dio cuenta de que no era ni Sunaomi ni Kasho. No era el niño delgado en el umbral de la virilidad que se arrodillaba ante el abad, ni la mente que pensaba y recordaba, ni siquiera el corazón que amaba y lloraba. Se encontró cara a cara con algo más, indestructible, ardiente. Miró alrededor de la habitación con ojos perplejos. Todo brillaba con una extraña luz. Todo, hasta las rocas nevadas y los árboles de troncos negros, fluía en armonía con el gran pulso de la vida. Su mirada abarcó las pinturas. El artista había hecho que el tiempo se detuviera, pero nada permanece quieto para siempre. Al final todo se libera. El caballo lo miró con ojos destellantes y golpeó el suelo con el pie. El viento agitaba los árboles del paisaje y la nieve caía de las ramas. Los gorriones volvieron la cabeza y batieron las alas. El gato que yacía a los pies del abad se despertó, lanzó un gruñido bajo y se agazapó, con los ojos fijos en los pajaritos, listo para saltar.

El abad extendió una mano para contenerlo y dijo en voz baja.

—Parece que Gemba tenía razón.

Su voz trajo al chico, Kasho, de regreso a su cuerpo. Todo se quedó quieto. Los gorriones piaron una vez más y no volvieron a moverse. El gato parpadeó, desconcertado y luego comenzó a ronronear bajo los dedos del abad.

—¿Qué ha pasado? —dijo Kasho.

—Tal vez una especie de milagro. —La mirada de Makoto estaba llena de preocupación y lástima—. No hables de esto con nadie. Y si algo así vuelve a suceder, ven a mí o a Gemba.

Kasho se inclinó y se puso de pie.

—Me alegro de que hayas venido aquí —dijo el abad—. Espero que podamos mantenerte a salvo.

Kasho se sintió agotado y mareado cuando se fue. No había ni rastro de Gemba y se preguntó si encontraría el camino de regreso al pasillo central y si todavía habría algo de comida. Mientras atravesaba el claustro vio que la puerta principal estaba abierta. Alguien llegaba; unos porteadores bajaban un palanquín. Quería holgazanear para ver quién era, pero el monje jardinero cruzaba el patio hacia él con un cuenco.

—Te guardé algo de comida —dijo el hombre.

—Gracias —respondió—. A partir de ahora me llamarán Kasho.

El monje hizo un movimiento como si fuera a hacer una reverencia, pero luego se lo pensó mejor.

—Es un buen nombre —dijo con gravedad—. Ven, te mostraré el camino de regreso.

Hisao todavía estaba sentado en la veranda, lanzando el cuchillo ociosamente de palma a palma. El templo estaba en silencio. La nieve que se estaba derritiendo goteaba de los aleros de los tejados. El cielo estaba despejado; y el sol ya se deslizaba hacia el oeste. Sería una noche fría con una helada profunda; la nieve derretida formaría carámbanos. Desde lejos, Kasho podía oír el zumbido de uno de los profesores dictando un guion sagrado. No debería ser así, tan seco y aburrido. Debería estar lleno de alegría. Sintió un abrumador deseo de cantar las palabras. Mantuvo la boca firmemente cerrada, no queriendo que Hisao se burlara de él.

—Siéntate y come —dijo el monje—. Debo volver al trabajo, y luego debes unirme a los otros chicos. —Se volvió hacia Hisao—. ¿No deberías estar estudiando también?

—Se ha decidido que no se me puede enseñar —respondió Hisao—. Así que no tiene sentido que me aburra durante horas.

—Sin duda holgazanear aquí debe ser más aburrido —observó el monje.

—¿Qué derecho tienes para juzgarme? —replicó Hisao—. ¿No sabes que soy el hijo del señor Otori?

El monje no respondió, pero le dirigió a Hisao una mirada de tal desprecio que a Kasho le dolió verlo. Puso toda su atención en la comida: una papilla de mijo con tubérculos de arrurruz⁴ y algunas ramitas de mizuna⁵.

—Se ha enamorado de ti —dijo Hisao mientras el monje se alejaba con su paso lento y deliberado—. No es sorprendente que le atraiga un chico lindo como tú. Ten cuidado o te tocará con sus repugnantes manos. Son todos iguales. ¿El abad intentó algo?

—¡Por supuesto que no! —Kasho juró que nunca le diría a Hisao ni a nadie más lo que había sucedido, temiendo que todo se desvaneciera y lo olvidara, junto con todo lo demás.

—Me pregunto quién es ese tipo —dijo Hisao—. No me parece un monje.

—Bueno, es jardinero. Probablemente no sea el modelo perfecto de monje.

—Debe querer algo de ti.

—Estaba siendo amable, eso es todo —Kasho tomó el último bocado de gachas y se puso de pie. Mientras se alejaba, Hisao lo llamó—: Nadie es amable sin ninguna razón. Todo el mundo espera algo a cambio.

4 Es un alimento natural que es usado en la cocina para espesar las salsas como un producto emulgente.

5 La mizuna, en japonés «verdura de agua», conocida como mostaza japonesa, es una planta comestible de la especie *Brassica rapa*.